

El miedo a la gratuidad

Freddy Javier Álvarez González.
Autor
Universidad Nacional de
Educación-UNAE.

Correo electrónico:

freddy.alvarez@unae.edu.ec

Resumen:

La educación como un don suele normalizar las discriminaciones, las desigualdades, el sexismo, el machismo y la homofobia. Las famosas frases: no soy bueno para las matemáticas, no nací para el arte, etc. dan a entender que existen dones que fueron entregados a cada uno de nosotros y de lo que se trata es de reconocer cuál son las capacidades que tenemos para lograr desarrollarlas.

No es lo mismo comprender la educación como un don y la educación como un derecho. El don es selectivo. Incluso no es raro que muchos neoliberales consideren que la educación superior no es para todos y todas. La educación superior debe ser para quienes tienen la capacidad de llegar a ella y sobre todo de pagar por ella. Por el contrario, la educación como un derecho es universal. Ha nadie se le puede negar el derecho de acceder a la educación superior y para que esto ocurra es indispensable que la educación superior sea gratuita.

Palabras Claves:

Miedo, Educación, Derecho, Estado, Capital, Neoliberalismo, Marketing, Mercado, Gratuidad, Calidad, Becas.

Abstract:

Education as a gift often normalizes discrimination, inequalities, sexism, machismo and homophobia. The famous phrases: I am not good at mathematics, I was not born for art, etc. imply that there are gifts that were given to each of us and what it is about is to recognize what are the capabilities we have to develop them.

It is not the same to understand education as a gift and education as a right. The gift is selective. It is not even uncommon for many neoliberals to consider that higher education is not for everyone. Higher education should be for those who have the capacity to reach it and above all to pay for it. On the contrary, education as a right is universal. There is no one being denied the right to access higher education and for this to happen it is essential that higher education be free.

Keywords:

Fear, Education, Law, State, Capital, Neoliberalism, Marketing, Market, Gratuity, Quality, Scholarships.

1. La ontología del miedo

El miedo es una de las armas preferidas de la política actual. Los electores están dirigidos por el miedo, en contraposición a la esperanza que solo hunde sus raíces en unos pocos. La mayoría no espera nada, solo quiere exorcizar los miedos. La incertidumbre nos aterroriza, así, los miedos se han multiplicado. Por eso la política se camufla en la policía. No sabemos qué queremos, solo opinamos sobre qué no queremos. Los líderes se apoderan de nuestros miedos. Basta con saber qué nos inquieta para que alguien, un cantante, un humorista, un millonario, un outsider se convierta en el representante de nuestras decisiones sobre el presente y el futuro. Sin ser héroes, ellos juegan a querer aparecer como tales delante de una población inundada por los fantasmas del miedo.

Spinoza en la *Ética*, se refiere a la tristeza y a la alegría como dos pasiones que determinan el ejercicio de la política. La tristeza es la pasión preferida por los dictadores y los clérigos. La generación de las pasiones tristes es conveniente para la dominación, pensaba él. Por el contrario, la alegría es una pasión determinante en la política buena. Mientras la alegría nos compromete, la tristeza endosa a otros la dirección de nuestro destino. De hecho, la política es la performance de las emociones. Sin embargo, hoy es el miedo el instrumento insoslayable de la política reaccionaria de la ultraderecha mundial.

El miedo no es igual a la tristeza. Él nos sobrepasa, nos aterroriza, logra alterar nuestra tranquilidad o el supuesto equilibrio. El miedo nos descontrola hasta el punto que el pensamiento es anulado. Él nos obliga a actuar sin decidir en la disyunción letal: o ellos o nosotros. La inmovilidad que provoca coloca la acción fuera de nosotros. Por el contrario, la tristeza anula la pasión de existir. Con ella aceptamos que algo se perdió y es casi irreparable. La ausencia es la ventana de la tristeza. El fracaso nos abraza con la tristeza, anulando la potencia de ser.

Los miedos aparecen como naturales. Cada persona tiene miedo a algo. Hay muchas situaciones, personas y cosas que nos provocan miedo. Existe miedo a lo desconocido, miedo a lo extraño, miedo a lo que no somos. El conocimiento es seguridad y la seguridad hace parte de la vida y es necesaria para vivir bien. Lo extraño es lo diferente, así la diferencia es un cuestionamiento a la mismidad. El ser tiene miedo de no ser. El miedo se desarrolla cuando algo que no preveíamos, irrumpe sin aviso. La descolocación y la angustia que habrá una pérdida fundamental es parte de la ontología del miedo.

El miedo suele ser descrito como fobia. Las fobias pueden ser individuales: aquello que aterroriza a otros, puede que no nos aterrorice. Sin embargo, existen miedos colectivos, generales, extendidos. La fobia es una forma de odio. No hay miedo sin odio. Odiamos todo lo que nos provoca miedo. Nadie ama sus propios miedos. De tal manera, las políticas del miedo son por causalidad políticas del odio. Cuando las políticas se inscriben en el odio, entonces debemos preguntarnos sobre los miedos que las sustentan, o también, cuando los miedos se extienden debemos preguntar sobre los odios que navegan silenciosamente en la sociedad y que los políticos y la política se encarga de darles vida.

Un miedo puede ser exorcizado si se comparte con otros, o profesionalmente se puede tratar. Sin embargo, hoy los miedos son objeto de manipulación a través de las políticas de la ultraderecha racista y xenófoba en confabulación con los medios de comunicación. La política de la derecha no propone nada, no soluciona nada, se encierra en sí misma para gozar de sus ventajas. La ideología de la Supremacía Blanca esconde un enorme miedo a todo lo que no sea como ellos, que no corresponda a su mundo, porque se sienten amenazados en sus privilegios.

El miedo a la gratuidad es un rasgo identitario del Neoliberalismo. La gratuidad suele ser criticada como un despilfarro, o una irresponsabilidad. Aparentemente el cálculo

matemático determina la imposibilidad de la gratuidad; no obstante, se trata de un enfoque y no de números. Tal enfoque considera que es irresponsable defender la gratuidad, porque la sociedad entera es quien termina pagando. Por lo tanto, no existe nada gratuito, todo tiene un valor. Para que exista lo gratuito, alguien debe pagar la cuenta. Si no existe lo gratuito, en consecuencia, la educación no es un derecho, es una responsabilidad que debe ser asumida por cada ciudadano. Todo tiene un valor, todo hace parte de la oferta y la demanda y el Estado no puede asumir dicha responsabilidad. La máxima responsabilidad del Estado es garantizar la existencia y el fortalecimiento del Neoliberalismo, por medio del discurso del emprendurismo.

¿Puede sobrevivir la educación como un derecho humano, un bien público y un deber del Estado cuando la lógica del mercado se entroniza a manera de un sistema único, exclusivo y excluyente en la política contemporánea? ¿Por qué la gratuidad es un derecho irrenunciable en la educación? ¿Qué sentido tiene reconocer la existencia del no-valor para la sobrevivencia del planeta? ¿Por qué tenemos que defender la educación gratuita? ¿Por qué su defensa tiene que ver con la inclusión, la universalidad y la excelencia? Estas son preguntas que conducen nuestra reflexión.

2. ¿Por qué la educación superior no puede estar a la venta?

En las culturas existen objetos que se venden, otros que se donan y otros que no se venden ni se donan porque tienen que ser transmitidos, afirma Maurice Godelier (2007) a partir del Ensayo sobre el don de Marcel Mauss (1921). Los tres tipos de objetos tienen un lugar dentro de la economía. Lo que es vendido es intercambiable por otros objetos o también por dinero. El don es una forma de economía que causa nuevos tipos de relación, diferentes a la compra-

venta. Pero toda cultura les asigna a algunos objetos el estatuto de aquello que debe ser transmitido y que por lo tanto no puede ser vendido, ni donado.

¿Todo puede ser vendido? Para la narrativa y la práctica del Neoliberalismo la respuesta es positiva. La apropiación de algo es lo único que genera responsabilidad que está ligada al estatuto de lo mío y lo tuyo. La pertenencia es mediada por el dinero. Lo tuyo y lo mío significan un precio. Tener algo o no tener es capital y está sobre el Ser, cuando el ser debería determinar lo que se tiene. Sí el cuidado solo acontece por la apropiación, entonces lo público es un desvarío. El Estado como defensor de lo público no tiene sentido para el Capitalismo contemporáneo. Por el contrario, él debe ser garante de lo privado, como lo exigen los empresarios, los nuevos dueños del Estado. Así, lo público no tiene derecho a existir.

En medio de lo tuyo y lo mío, existe lo común. *¿A quién le pertenece lo común?* Existe un espacio entre lo mío y lo tuyo, donde esta lo de otros y de nosotros. Hay algo entre tú y yo que es nuestro y eso nuestro no puede ser ni tuyo ni mío, solo le pertenece al nosotros. Pero ese nosotros nunca puede ser delimitado porque existen otros. El nosotros suele ser la multiplicidad de lo mío y lo tuyo y también es diferente a cualquiera de los dos. Incluso ese nosotros de lo común es distinto al nosotros de lo mío y lo tuyo, porque en el nosotros hay otros que no somos ni tu ni yo.

Si lo común es eso que no es tuyo ni mío, ni de nosotros, es de otros, pero no solo de otros, ¿quién se hace cargo de lo común? Hacerse cargo no es directamente la responsabilidad. Puedo sentirme responsable sin hacerme cargo. Hacerse cargo es estar presente y de manera concreta. Hacerse cargo es presencia en el presente. Hay que saber cómo hacerse cargo. Lo común implica un hacerse cargo. No es un hacerme cargo, es hacerse cargo. La indistinción del hacerse evita la apropiación en contra de la posición crítica de Heidegger. Lo común es posible por el hacerse cargo, por lo tanto, existe una ley antes de toda ley

en el hagámonos cargo de lo común. Nos hacemos cargo de aquello que es común a lo tuyo, a lo mío, a lo nuestro, a lo de otros. Así, nos encontramos todos y todas en lo común, por eso la noción de frontera es imposible. Si el mundo es lo común las fronteras son asesinas del único espacio en el que nos podemos encontrar: el espacio de lo común.

El gran error del Neoliberalismo es creer que todo se vende. Las promociones no bastan para que todo se venda. Los out-let son lugares que garantizan que todo puede ser vendido. Si todo puede ser vendido, es porque todo puede ser comprado. No se vende lo que no se compra. Sin embargo, lo primero es vender. Por tal motivo, requerimos de un Marketing.

El Marketing es para vender lo que se puede vender, pero sobre todo para vender lo que no se puede vender sin promoción. Necesitamos de la retórica de la venta. Ella diseña los artificios, en el fondo es la disciplina profunda del engaño. Cuando algo se vende es porque lograron hacernos entender que eso es necesario para nosotros, que con su apropiación estaremos mejor.

Se vende para que se compre, es decir la venta es lo primero, no obstante creemos que es primero comprar porque tenemos la capacidad de hacerlo. En medio de la venta y la compra está suspendida la necesidad. Sin embargo, antes de la venta existe la creación de las necesidades. Por lo tanto, aunque la necesidad esté en el medio, ella recubre la totalidad. La necesidad secuestra el Buen Vivir. La vida simple y feliz con pocas cosas fue profanada por el mundo capitalista. La publicidad que opera a través de los medios de comunicación es la fábrica de las necesidades. La venta-compra es consustancial al sistema capitalista y en el vivimos hace dos siglos.

El objeto solo es objeto cuando es vendible. Vender es contar, de igual manera solo cuenta lo que se vende. Vender es poder contar y descontar, ganar y perder. Quien gana lo hace sobre el valor del objeto y quien compra solo pierde cuando el objeto adquirido no cumple con

las exigencias de la necesidad. La compra es la carta que nos da posesión sobre el objeto. Ella tiene que generar profundas sensaciones de satisfacción. El disfrute no está en quien vende y sino en quien compra. Si lo que se pretende vender es libertad, debemos experimentar que el objeto que compramos nos hace libre. Esa libertad que es un derecho humano, solo se experimentará por medio de objetos que compramos para que nos hagan libres.

Sí el Mercado es la solución a todos nuestros problemas, la gratuidad es más que un exabrupto, es antinatural. Todo debe tener un valor para que sea vendible. Solo aquello que tiene un precio merece respeto. La vida y el planeta son objetos a la venta. El mundo ha quedado convertido en un gran supermercado. Salud, educación y ocio, están a la venta con todo lo demás. La generosidad es un milagro, el amor un imposible, la amistad es una diminuta isla en el mundo donde hay un precio para todo. La corrupción es el hijo bastardo de una sociedad sin escrúpulos donde todo puede entrar en remate. El dinero es la llave que nos permite el acceso a todo. La gratuidad es un anti-valor, por lo tanto, no es transable, no depende de la oferta y la demanda, es el demonio de la mercancía-fetiche.

Podemos pagar para ser otros, pagar por el disfrute, pagar para ser reconocidos. La identidad no estará en lo que fuimos, sino en lo que deseamos ser, y desear no es un asunto fuera del dinero. El goce tiene un precio, con razón Lacan vinculó a la plusvalía, el plus de goce de la joissance. El capitalismo contemporáneo está yendo por el diseño de la subjetividad, cuando los límites doblaron la esquina y vienen por nosotros: nuevos humanos para una sociedad de cambios acelerados e impredecibles. La nueva humanidad se presenta como la vacuna contra la peste de la incertidumbre. No deseamos más errores, en consecuencia, hemos llegado al pedestal de la eficacia por medio de la anulación de lo humano. Ahora sabremos si el peor error era no cometer errores. Pestalozzi ya no tiene de qué preocuparse, cuando pensaba que una de las amenazas

permanentes era que repitamos los mismos errores.

Repetiremos, plagiaremos, copiaremos, ahora supuestamente, sin errores, paradójicamente mientras innovamos para un capitalismo en crisis que necesita encontrar nuevas fórmulas más allá de los recursos no-renovables. Pero, *¿podemos evitar los sistemáticos y constantes errores con la destrucción de la naturaleza? ¿Somos capaces de reconocer los errores del imperante modelo de desarrollo? ¿Confiamos en la promesa de nuevas subjetividades cuando se recrudecen los nacionalismos, xenofobias, racismos, y la virilidad machista iza sus banderas en la pasión moderna?*

El semiocapitalismo quiere crear seres humanos, y la educación siempre lo ha intentado, unas veces de la misma forma y otras veces de diversa manera. La diferencia entre fabricar y formar se ha disuelto, con ello se cierra el círculo infernal de la lógica del mercado. Estos tiempos en los que la derecha ha vuelto al poder lo hace con la fuerza y la voracidad de la virtualidad capitalista. Volvemos a la autoridad olvidando que el tiempo es irreversible, al favoritismo de las élites a pesar de la democratización de las sociedades, al discurso de los mejores y la supremacía blanca en medio del incremento de la desigualdad, a la heterosexualidad mientras el género se disemina hasta la in-clasificación. Todo está siendo puesto en cuestión, mientras la regresión ha ingresado por las puertas más amplias de la política social. En consecuencia, tal regresión se debe a la preeminencia de la tesis de los cambios.

Aceptar que vivimos en un mundo de cambios acelerados, nos ata a la inexorabilidad de un sistema-mundo que no puede ser transformado, por el contrario, nos cambia a todos y nos mantiene cambiando por medio de la obsolescencia de la vida, de los objetos, cuando la gratuidad tiene la tolerancia de una bocanada de aire en medio de la carrera acelerada y bajo la dirección del Mercado.

Entre el mundo de los cambios y las regresiones, la educación es una de esas instituciones avasallada por el discurso de los mejores y el emprendimiento. La innovación es su ideología. No obstante, a pesar de aceptar sin cuestionamiento que todo debe cambiar, seguimos en el mismo esquema: un maître face a un groupe d'élevés du meme age et a peu pres du meme niveau qui fond la meme chose en meme temps Meirieu, Le devoir de resister). Los docentes quieren garantizar una mayor presencia en la escuela. La preocupación por la disciplina revive los viejos esquemas de castigo. La repetición y la memoria deambulan sin restricción por las aulas. Mientras el discurso neoliberal llena todos los espacios de la vida, la autoridad confundida con el autoritarismo asalta a la educación. A pesar de que al individuo se le dice que puede pensar como quiera, hacer lo que quiera, sentir y experimentar lo que quiera, aumentan los controles y se refuerzan los sistemas jurídicos.

En la educación pagada no somos ciudadanos, somos clientes. Quien oferta la educación para clientes, no garantiza un derecho, ofrece un servicio. La diferencia entre el derecho y el servicio es que el derecho es de todos y de los que existen o están por nacer, mientras el servicio solo pertenece a quienes pueden pagar. El ciudadano pertenece a la polis, por lo tanto, la educación como un derecho le pertenece. El mercado puede hacer encuestas de satisfacción porque los clientes siempre tienen la razón. Para el derecho a la educación la razón no nos hace clientes, nos convierte en sujetos que merecemos la educación solo por el hecho de ser ciudadanos. Las encuestas de satisfacción en lo público son una afrenta. El derecho se reclama, se exige, se garantiza y no de cualquier manera.

Los recortes, o la negación de la gratuidad que pretende el Neoliberalismo, no son un acto de responsabilidad. La mediación del capital regresa a la educación de unos pocos, a la discriminación, y a la profundización de las desigualdades. Dejar a la educación a la intemperie de la oferta y la demanda, dependiente del valor de uso y del valor

de cambio, es similar a atentar contra el derecho a la vida.

El acceso a la educación que depende de los aranceles no genera apropiación. No es por pagar que nos responsabilizamos de algo. La pertenencia de la educación es generada porque ella es el ámbito en el que la continuidad y la transformación del mundo son posibles, como lo pensaba Hannah Arendt, al mismo tiempo y de manera tensionante y antagónica. La Educación Superior es el lugar ideal para el ascenso social. Convertirla en el lugar privilegiado de la igualdad, es imprescindible.

Por tal motivo, el deber del Estado de garantizar que la Educación Superior sea gratuita es incuestionable. Dejar que el Mercado y sus lógicas se apropien de la educación es una traición a la humanidad. Podemos invitarles a los empresarios a que se sumen a mejorar la educación, pero sin pasar la línea roja de la gratuidad. No es por tener dinero que podemos ingresar a la Educación Superior, no es que por no tenerlo no podemos ingresar a las universidades e institutos superiores. El derecho a la educación no les pertenece a los ricos, ni es porque seamos pobres que la educación debe ser de peor calidad. La gratuidad es la condición antropológica de la universalidad. Porque es gratuita puede ingresar cualquiera y esta posibilidad es fundamental para la construcción de sociedades justas y equitativas, aunque no sea la única.

La condición de ser o no ser no depende de la mediación del capital, pero lo requiere. El no tener limita las condiciones del ser. Devenir ingeniero, economista, comunicador, maestro, etc., hace parte de la sostenibilidad de una sociedad. El deber de sociedad no puede ser frustrado por las carencias. La universidad gratuita es la política fundamental para que todos puedan llegar a ser sin necesidad de tener. La universidad pagada favorece las desigualdades en nombre de la calidad y de la responsabilidad porque introduce el mensaje de que solo los que tienen pueden ser educados.

La gratuidad de la Educación Superior es el límite entre lo público y lo privado, un límite que va de la mano con la distinción entre calidad y mediocridad. Por consiguiente, las universidades privadas son pequeñas y de calidad y las universidades públicas deberían ser masivas y malas. Alrededor de la gratuidad hay muchas otras características que merecen ser reflexionadas. Así, el actual énfasis de la democratización de la educación se desliza hacia el mandato de la masificación. Democratizar y masificar tienden a ser lo mismo. Luego, siendo la democracia uno de los imperativos de la Filosofía Liberal que ha sido funcional al desarrollo capitalista, ante la demanda creciente, ella adquiere los visos de la masificación que atenta contra el derecho a tener una educación gratuita, intercultural, despatriarcalizada, anticapitalista y decolonial.

El desafío que tienen nuestros gobiernos en América Latina y el Caribe es ir hacia una educación superior pública, gratuita, intercultural y de calidad que logre de-construir la gestión privada con la que se conduce, y la mentalidad neoliberal que la riega sistemáticamente a pesar de su pensamiento radical y crítico. De igual manera, es preciso regular para que la Educación Superior que ofrecen las universidades privadas no se haga con fines de lucro. Pasar por alto estos dos objetivos es dejar a la Educación Superior a la intemperie, porque lo público no es bueno de por sí, y lo privado a merced del lucro reduce la calidad educativa a un mero objeto de consumo.

3. ¿La educación superior puede ser un don?

La reflexión de Marcel Mauss es realizada dentro de un marco marxista que busca detener el esquema capitalista y sus valores de uso y de cambio, pues estos corresponden a la fría razón del comerciante y el banquero del capitalismo. Las culturas fracturan a la cultura capitalista, precisamente porque existen objetos que se ofrecen como don, éste tiene una función social.

Se ofrece aquello que no puede tener un precio. El don en sí, es un gesto arbitrario. No existe una razón para el don. Se ofrece simplemente porque se quiere ofrecer, más allá del merecimiento. No merecemos lo donado. El don es la gratuidad sin retorno. Éste no genera la deuda. No existen razones para el don, en cierta forma es un acto irracional.

El don sucede por una vez. Lo donado no puede ser intercambiado. No hay como donar aquello que fue ofrecido como don, precisamente porque el don tiene nombre propio. La donación no se deja al azar. El don es personal por tal motivo no puede ser transferido. La diferencia con la caridad es que esta no implica la especificidad de alguien. No hay caridad si identificamos al receptor. El rostro es anónimo para la caridad, mientras que el don tiende cédula de ciudadanía.

La magia del don se pierde cuando pensamos que el don implica recompensar. La recompensa del don es una afrenta. El valor del don no está en el objeto mismo sino en su significado colateral. La filiación del don es central. No es el objeto en sí mismo lo que importa sino las relaciones que se crean a partir del acto de donación.

El objeto del don es un contrapeso a los objetos en venta. Lo que se dona no puede ser vendido, tampoco puede ser comprado. Su valor no depende de la oferta y la demanda. Un objeto de donación escapa a la cultura del capitalismo y la fetichización de la mercancía a partir del valor de cambio. No accedemos al don por dinero, solo accedemos por lógicas de la gratuidad. Así, la gratuidad es cercana al don, pero está más allá de éste. El capitalismo no se substrahe al don, su práctica más común es la caridad y niega estructuralmente la gratuidad.

Mientras la caridad genera dependencia, el don crea libertad. En el no-retorno del don encontramos su fuerza. El capitalista practica la caridad en el plano del interés. Godelier dirá: la charite etait encore blessante pour celui que

l'accepte (la caridad es todavía hiriente para quien la acepta). La caridad produce dependencia porque se inscribe dentro de una relación de superior-inferior del mismo modo que el don solo es posible en sociedades jerárquicas.

Los objetos más importantes para los seres humanos pertenecen al ámbito del don: la vida, el amor, el conocimiento, la amistad. La vida emerge como un don. Ninguno de nosotros fue preguntado por si quería vivir, vivimos. El amor supera cualquier transacción, se ama a pesar de lo que somos, nunca sabemos en realidad porque somos amados. El conocimiento que adquirimos es un don que necesitamos como la vida y el amor. Los conocimientos son un patrimonio que adviene como don indispensable. La amistad es don, pura gratuidad. Los amigos por interés no prosperan.

El don establece una relación profunda entre lo que se es y lo que se tiene. Godelier dirá: 'est un acte qui instaure un doublé rapport entre celui qui donne et celui que accepte, entre el donateur y le donataire. Donner, c'est partager volontairement ce que l'ont a, ou ce que l'on est' (p.78) (...es un acto que instaure una doble relación entre quien da y quien acepta, entre el donante y el donado. Donar es compartir voluntariamente lo que se tiene y lo que se es). De tal manera, el valor del don es un no-valor, porque contiene una parte que pertenece al donante. En sentido estricto, el don, al dar algo de nosotros mismos impide todo tipo de transacción. No se dona lo que nos sobra, tampoco se dona lo innecesario, en el don nos donamos, y en el reconocimiento del don, recibimos al donante.

¿El don es parte el acto de educar? La cultura cristiana ha colonizado el don y ha influenciado en la manera de comprender la educación. La noción de ser maestro como vocación proviene del mundo católico. No se es maestro porque se quiere, sino porque fuimos elegidos. Ser maestro, entonces, no es una opción. De igual manera la mayéutica socrática deja entender que nosotros ya sabemos desde antes y la labor del maestro es dar a luz esos conocimientos.

Los conocimientos anidados en cada uno de nosotros son un don, que nadie puede explicar su presencia.

La teología cristiana enseña de un Creador que reparte a cada uno diversas capacidades. A unos les dio el don de dirigir, a otros de ejecutar, a unos hablar en lenguas, a otros interpretar, etc. Esta versión teológica del don, obedece a la pre-comprensión de un mundo jerárquico. Del mismo modo las neurociencias nos señalan que cada cerebro es diferente, y que las capacidades son diversas. Sin embargo, todos tenemos la misma estructura genética del cerebro. No obstante, existen predeterminaciones que pueden ser entendidas en el marco del don. Tanto el genio como el idiota tienen una explicación para las neurociencias. El gran peligro es señalado por Meirieu: convertir a las predisposiciones en predeterminaciones.

La educación como un don suele normalizar las discriminaciones, las desigualdades, el sexismo, el machismo y la homofobia. Las famosas frases: no soy bueno para las matemáticas, no nací para el arte, etc. dan a entender que existen dones que fueron entregados a cada uno de nosotros y de lo que se trata es de reconocer cuál son las capacidades que tenemos para lograr desarrollarlas.

No es lo mismo comprender la educación como un don y la educación como un derecho. El don es selectivo. Incluso no es raro que muchos neoliberales consideren que la educación superior no es para todos y todas. La educación superior debe ser para quienes tienen la capacidad de llegar a ella y sobre todo de pagar por ella. Por el contrario, la educación como un derecho es universal. Ha nadie se le puede negar el derecho de acceder a la educación superior y para que esto ocurra es indispensable que la educación superior sea gratuita.

Las becas suelen ser un dispositivo de la educación pagada. *¿Puede la beca ser un gesto perteneciente al don?* Las becas están inscritas en

la misma lógica bancaria del capital, solo se presta a quien pueda pagar. No es extraño que las becas las reciban personas que no la necesitan. Aun así, las becas son inherentes al sistema no gratuito de la educación. Ella genera una deuda que debe ser pagada en el momento que exista una discontinuidad o cuando se arribe al objetivo fijado.

La educación gratuita de la universidad pública requiere de un sistema de becas por las condiciones socioeconómicas de nuestras poblaciones. La gratuidad no es solo no cobrar, es también garantizar que las poblaciones más excluidas, más pobres puedan ingresar, seguir y terminar sus respectivas carreras y una exigencia indispensable es la beca.

La educación como don sostiene a la sociedad que se constituye jerárquicamente. Godelier dirá que le don produit donc deux choses a la fois. Il rapproche autant qu'il met a distance les deux parties. Il instaure une dissymetrie, une hierrchie, entre celui qui donne et celui qui recoit (p. 48) (el don produce dos cosas a la vez. Acerca y coloca a distancia las dos partes. Instaure la asimetría jerárquica entre quien da y quien recibe) Si el don pertenece a las sociedades jerárquicas, este es más común en la educación privada.

4. La educación superior no puede ser vendida ni donada.

La educación es de aquellos objetos que dentro del esquema de Godelier no se venden ni se donan porque tienen que ser transmitidos. Los objetos a transmitir son aquellos que deben continuar en el tiempo a pesar de los cambios, en consecuencia, no pueden ser objetos de especulación. Esos objetos los debemos distinguir de los objetos vendibles y de los objetos que se donan. Una sociedad o una cultura debe garantizar su transmisión a fin de garantizar su permanencia. La transmisión de esos objetos hace parte de la sobrevivencia del planeta y de la vida de cada ser humano.

La transmisión de estos objetos específicos supone un puente entre una generación y otra. La solidaridad con el futuro determina los objetos que deben ser transmitidos. Estos objetos juntan el pasado con el presente y son las certezas que requerimos para afrontar el futuro. Las voces del pasado se juntan a las preguntas y respuestas que elaborados en el presente hacen parte de las inquietudes que nos coloca el futuro. No podemos sobrevivir sin estos objetos, por lo tanto, deben estar fuera del valor de uso y del valor de cambio. Tampoco lo transmitido puede quedar a expensas de la lógica del don.

La pregunta sobre ¿qué debe garantizar la existencia del mundo, la vida de una sociedad, el futuro de un país, la felicidad de una persona?, nos permite acercarnos a la definición de los objetos que deben ser transmitidos a las generaciones actuales y futuras. Las respuestas a las preguntas anteriores deben componer las finalidades de la educación y los contenidos de las políticas públicas educativas.

Así como nacemos en un mundo que nosotros no elegimos, y morimos a pesar de nuestra decisión, porque toda muerte es una injusticia, así también tenemos la responsabilidad con toda persona que viene al mundo de garantizar las condiciones para que conozca, se adapte y mejore el mundo que lo recibe. La situación de extrañeza en la que nacemos solo puede ser colmada mediante la construcción de condiciones de autonomía, comunitariedad y de emancipación que nos provee la educación.

Las cosas no son solo cosas. Para Godelier la existencia de un espíritu en las cosas presupone la inexistencia de una distinción absoluta entre las cosas y las personas (pp.88) Por un lado, el capitalismo lo ha entendido muy bien. La sociedad de consumo no sería posible sin que los objetos no fueran inexorablemente necesarios para la identidad, la felicidad y la libertad de las personas. Los objetos son fetiches que tienen un valor más allá del económico. Por otro lado, la educación no

es solo educación. Sin ella el futuro de nuestros países es endosado.

Si la educación no fuera tan importante para la humanidad quizás no tendría ningún valor. La educación superior es una mercancía que crece en su demanda porque la democratización ha disparado paradójicamente la meritocracia. Estudios del Banco Mundial (2017) dicen que, en promedio, la tasa bruta de matrícula en educación superior en América Latina y el Caribe creció del 17% en 1991 al 21% en el 2000 y al 40% en el año 2010. La matrícula crece al mismo tiempo que se diversifica la oferta de la Educación Superior. Los créditos son la forma de apertura más común a las personas de escasos recursos. El crecimiento de la demanda implica un desafío para los actuales gobiernos.

Quien viene al mundo posee una herencia que no implica propiedades, sino el derecho a recibir esos objetos de transmisión. Esa herencia es negada cuando la gratuidad es puesta en cuestión. Argumentos economicistas como el siguiente del Banco Mundial atentan contra el derecho a la educación. “Por sí misma, la gratuidad universal no suele crear incentivos tan deseables, pues con ella el estudiante no asume el costo de su educación o el riesgo de no graduarse. Por ello, la gratuidad universal suele atraer a muchos estudiantes cuya probabilidad de abandonar los estudios es alta. Además, incluso algunos estudiantes, que en otras circunstancias terminarían sus estudios, podrían demorarse más, o incluso, no finalizarlos” (2017 p. 32). Se le acusa a la gratuidad como la causante de la deserción y de no generar responsabilidad como si lo único que nos hiciera responsables fuera pagar por la educación. El dinero como el objeto generador de responsabilidad es la ideología a favor de convertir a la educación en una mercancía.

¿Por qué la educación no puede ser una mercancía? Es la pregunta de fondo en el mundo en el que every thing is for sale. Godelier nos dice, siguiendo a Mauss, que esos objetos de transmisión son inalienables e inalienados:

“vendre, c’est separer completamente les choses des personnes. Donner c’est toujours maintenir quelque chose de la personne qui donne dans la chose donnée. Garder, c’est ne pas separer les choses des personnes parce que dans cete unión s’affirme une identite historique qu’il faut transmettre, du moins jusqu’a qu’on ne puisse plus la reproduire. C’est parce que ces trois operations –vendre, donner et conserver pour transmettre – ne sont pas les memes que les objets se presentent selon ces trois contextes soit comme des choses alienables et alienes (des marchandises), soit comme des choses inalienables mais alienee (les objets de don), soit comme des choses inalienables et inalienees (p.99). (Vender, es separar completamente las cosas de las personas. Donar es siempre mantener alguna cosa de la persona quien se dona en la cosa donada.

Guardar es no separar las cosas de las personas porque en esta unión se afirma la identidad histórica que es necesario transmitir, al menos hasta que se la pueda reproducir. Es porque estas tres operaciones vender, donar y conservar para transmitir, no son los mismos objetos que se presentan según los tres contextos sea como objetos alienables y alienados –mercancías-, sea como cosas inalienables pero alienadas, sea como cosas inalienables e inalienados). Luego, no todo puede ser regalado, no todo puede ser donado, no todo tiene que ser vendido.

Al hacer de la educación un objeto que se puede vender estamos no solo impidiendo que la gran mayoría del planeta acceda a la educación, porque existe un 50% de la población mundial que no tiene nada, sino que estamos desustancializando a la educación que tiene que ver profundamente con la vida, la emancipación y la libertad de las personas, y del planeta. Porque la educación es todo para cualquier ser humano, ella no puede convertirse en una mercancía.

Cuando la educación superior niega la gratuidad atenta contra el desarrollo de los países. Adriana Puiggros (2018) señala que la educación

pública en Argentina sucedió a partir de un acuerdo entre gobierno, sociedad y empresarios. Los profesionales requeridos en el siglo pasado obedecían a un modelo agroexportador que el país necesitaba. Pero hoy existe un punto de inflexión provocado por el Neoliberalismo, pues la educación ha devenido una mercancía. Ella es una fuente de riqueza. Además, todo tipo de arancelamiento lo que hace es romper con la democratización y sobre todo impulsa hacia una universidad de la meritocracia. La Organización para el Comercio y el Desarrollo Económico-OCDE ha incorporado a la educación superior como bien transable y elaboró la normativa, aún vigente, “por la cual se obligaba a los países miembros a levantar todo tipo de impedimento para la libre compra venta de la educación” (p.61).

Luego, la educación es un negocio más. “Ella es el quinto rubro de comercialización del mundo y dentro del rubro el primero es la evaluación” (p.64). Se trata de un negocio muy lucrativo: “el mercado de la educación es un mercado infinito y la clientela es infinita” (p.64). Este mercado tiene dos prioridades para su funcionamiento, una son las evaluaciones regulares para posicionar el asunto de los mejores y la competencia, con algunos modelos para los que no pueden llegar a ser visibles, y la otra, es la precarización de los docentes, condición indispensable para que el negocio sea rentable.

El Neoliberalismo logró convertir a la educación superior en una mercancía más. No hay finalidades de transformación y emancipación. La educación cada vez más es un tejido de pragmatismo y racionalidad económica. Este es la mayor amenaza contra la gratuidad de la Educación Superior. Con razón Marx dirá en El Manifiesto Comunista: “Donde quiera que se instauró la burguesía, echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas”. Luego, el capitalismo en sí



mismo no respeta nada de lo que parece eterno. Ahora le tocó el turno a la Educación Superior.

5. A manera de conclusión.

Las luchas por la educación gratuita van a implicar la lucha por los bienes simbólicos y comunes. Bourdieu (1994) nos propone ir a la económica de los bienes simbólicos. La educación gratuita, derecho humano y deber del Estado, no queda fuera de la economía. La gratuidad es un asunto que comprende un tipo de economía constituida de razones prácticas. La educación es capital simbólico, por lo tanto, est commun a tous les membres d'un groupe (p.188) (es común a todos los miembros de un grupo).

La educación gratuita es lo no económico de la economía en el mejor de los sentidos. Bourdieu nos recordará que los bienes simbólicos fueron propios a una sociedad pre-capitalista, el capitalismo los hará desaparecer por la prioridad que le concede al interés material. Así, la lucha por la educación gratuita es la lucha por un bien simbólico y común transcendental para la sociedad.

Para sostener la gratuidad en la educación vamos a necesitar algo más que un decreto, requerimos de instituciones que garanticen este derecho, de políticas que vayan hacia la excelencia, de pedagógicas que permitan la continuidad y el egreso de quienes tienen más dificultades, de becas que llenen la brecha que genera la pobreza y la exclusión.

Referencias Bibliográficas

Aliaga, J., Balardini, S., Buchbider, P., Grimson, A. Kornblihtt, A., Perczyt, A, Puiggros, A., Sileoni, A. (2018). A 100 años de la Reforma Universitaria, conferencias en la Universidad Nacional de Hurlingham, editado por la Universidad Nacional de Hurlingham.

Ferrey, M., Avitabile, C., Botero Alvarez, J., Haimovich Paz F., Urzua, S. (2017). La educación superior en América Latina y el Caribe. Momento Decisivo. Grupo Banco Mundial.

Godelier, M. (2007). Au fondements des sociétés humaines, ce qui nous apprend l'antropologi. Editions Albin Michel, 2007 (Flammarion) a partir del Ensayo sobre el don de Marcel Mauss (1921).

Bourdieu P. (1994) Raisons pratiques, sur la theorie de l'action, Editions du Seuil.